



Madrid Comico

Director: SINESIO DELGADO

NUESTROS PINTORES
JOAQUÍN ARAUJO



Aut. de Brabo, Messegario 14 y Madera 8, Madrid.

Su talento de pintor
lleva a aldeas y lugares
copiando, que es un primor,
las costumbres populares.

SUMARIO

TEXTO: De todo un poco, por Luis Taboada.—Los misterios del Conde, por Juan Pérez Zúñiga.—Respuesta sin carta, por Mariano Vallejo.—LAS VIRGENES LOCAS. Capítulo IX. *Extraña relación del hombre de las gafas verdes, seguida de otros varios y no esperados sucesos*, por José Estremera.—Un tipo, por Sinesio Delgado.—En el seno de la confianza, por Alvaro Gastón.—Chismes y cuentos.—Correspondencia particular.—Anuncios.

GRABADOS: Joaquín Araujo.—En el Manzanares.—Dos personajes, por Cilla.



Doy comienzo á mi crónica con el ánimo abatido, á causa de las fiestas que aquí se han celebrado.

Hace cinco días que vivimos en constante regocijo: dianas al amanecer, cohetes á medio día, certámenes por la tarde, verbenas y baile por la noche.

No hace uno más que levantarse y pregunta:

—Vamos á ver: ¿qué clase de regocijo nos tiene reservado para hoy la Providencia?

Y nos contestan:

—Hoy se distribuyen los premios á los poetas laureados: mañana á las reses vacunas...

La curiosidad nos conduce á aquellos sitios donde va la gente, y sin saber cómo hemos asistido á todos los espectáculos y hemos tomado parte en todos los placeres, hasta el punto de tener que exclamar hoy:

—¡Dios mío! Tengo puestas las botas y ni siquiera lo noto... Se me va la cabeza...

Las fiestas que en honor de la Divina Peregrina, nombre profano que nos hace recordar el de la *Hermosa Liria* del Circo Hipódromo, han dado al traste con la crónica de hoy. Tal es la fatiga de mi espíritu, que no puedo coordinar las ideas, y la pluma se me cae...

De todo lo ocurrido sólo recuerdo vagamente el estruendo de los cohetes de dinamita y una poesía premiada en el certamen literario—no sé si con la rosa natural ó con un jamón en dulce,—que parta los corazones. Recuerdo también confusamente que al certamen musical concurren unos jóvenes líricos y que los pobrecillos cantaban con mucho sentimiento... del respetable público.

Las almas sensibles se conmovieron, y una señora que se sentaba cerca de mí exclamó, asustada al oír aquellos gritos:

—¡Dios mío! ¡Quiéren devorarnos!

—No, señora—le contesté.—Es que se entregan á la fruta sin reflexión, y ahora tienen dolores de vientre.

* *

La ciudad contiene en su seno gran número de vecinos de Madrid. Vienen á respirar el aire puro y á lucir sus dotes naturales.

Hay chicos de chaquet á cuadros, que están haciendo furor; chicas de pie breve y sombrerito en forma de espuerta, que han recibido ya diez ó doce declaraciones amorosas, y caballeros graves con zapatos de lona, que pronuncian discursos en las mesas del Casino, para demostrar que han podido ser senadores y no han querido. Refiriéndose á uno de éstos, nos preguntaba un oyente:

—Debe ser persona de importancia. ¿Le conoce V.?

—Sí—contestamos.—Era de la Zarzuela.

—¿Dueño del coliseo?

—No señor, corista. Ahora vende escofinas Losada en la Puerta del Sol.

No faltan matrimonios que pasean las calles de la ciudad cogidos del brazo, dirigiendo miradas de desdén á la multitud, y preguntando á los transeuntes:

—¿Hay en este pueblo baños árabes?

—No, señor.

—¿Hay carreras de caballos?

—Tampoco.

—¿De manera que no tienen los forasteros dónde pasar el rato? ¡Oh!... ¡Qué atrasados están VV.!

—Buena diferencia de Madrid!—añade la esposa.

* *

En el hotel hemos tenido ocasión de conocer un matrimonio que viene á buscar descanso, según dice ella.

—¡Como en Madrid hacemos una vida tan agitada!...

—¡Son VV. del ramo de quincalla ambulante?

—¡Quiál No señor. Éste es funcionario público; pero como tenemos muy buenas relaciones, no paramos en casa un momento.

La señora anda envuelta en un saco color de ladrillo húmedo, que ella intitula guarda polvo, y cubre su cabeza con un sombrero de paja monumental, terminado por un manojo de flores cordiales. No se quita los mitones ni para comer, y no hay plato que le guste, ni silla que no sea incómoda, ni camarero que la sirva con prontitud y aseo.

El esposo oculta sus formas dentro de un trajecillo de tela, que parece de papel de estraza, y tiene todo el aspecto de un pacífico oficial de administración civil, adulterado por el matrimonio.

Ella posee el don de comunicarse con todos los huéspedes y de monopolizar en la mesa las conversaciones.

—No coman VV. esa carne... Parece almidón cocido...

¡Jesús! ¡Qué servilleta me han puesto! ¡A mí que soy tan escrupulosa!

El esposo se atreve á decir:

—En las fondas tiene que haber descuidos disculpables.

—No seas benévolo, Antúnez. ¡Me da una rabia este hombre!... Todo lo encuentra bien. Lo mismo pasa en Madrid; siempre se pone de parte de los criados; y no hay cosa peor que disculpar las faltas de los subalternos.

En cuanto llega un nuevo huésped al hotel, la funcionaria espera que se empiece á servir la comida, para decir en voz alta al camarero:

—Julián. Ya lo sabe V.; si viene alguna carta para el Excmo. Sr. D. Bibiano Antúnez, déjenosla V. en nuestro cuarto.

Y en seguida dirige una mirada oblicua al recién llegado, para conocer el efecto que ha producido su declaración.

—¡Ay, Madrid de mi alma!—dice suspirando.—No hay día que deje de acordarme de él.

—¿Son VV. de Madrid?—pregunta cándidamente el nuevo comensal.

—Sí, señor; es decir, yo nací en Navalcarnero, pero mis papás siempre estaban haciendo viajes á la corte. Como papá era banquero...

—¿Hacia bancos?

—¡Qué desatino! Se dedicaba á los negocios bursátiles.

—Y además, vendía pieles de cabrito—añade el esposo.

Ella entonces le lanza dardos con los ojos, y el pobre funcionario, al conocer que ha cometido una indiscreción, oculta la cabeza detrás de la botella del vino y se pone á comer deprisa y corriendo.

—Viajamos por gusto, ¿sabe V.?—sigue diciendo ella;—porque todos los años salimos de Madrid. ¡Como allí hace tanto calor! Y eso que nosotros tenemos muy buena casa, Gato, 52, principal. Aunque nos esté mal el decirlo, siempre hemos vivido en muy buenas calles, ¿sabe V.? porque á Dios gracias, podemos pagar; y después, como éste por su posición tiene que recibir visitas... Y ahora que me acuerdo: Antúnez, ¿has contestado á Sagasta? Sagasta y éste son como hermanos, porque á éste le crió una cabra.

—No veo la consecuencia.

—Pues es muy fácil de entender. Un tío político de Práxedes, le regaló al papá de éste una cabra joven, que parecía una persona por lo inteligente; y como mi suegro nunca quiso que su mujer criase, éste fué á parar á poder de la cabra, que le quería como á un hijo.

La señora de Antúnez hace las delicias de los huéspedes. Los más cándidos la miran con admiración, y alguno de éstos ha llegado á decirme:

—Como no tengo costumbre de comer delante de la aristocracia, no sabe V. los apuros que paso cuando nos ponen pollo asado. Tengo que valerme del cuchillo, y apenas saco carne.

Y yo le contesté:

—Puede V. hacer uso de los dedos con toda confianza.

Ahora comienza el desfile de forasteros que se dirigen á Vigo, donde empezarán pronto las fiestas de la santa patrona y del milagroso San Roque.

La señora de Antúnez se dispone á trasladarse también, porque como ella dice:

—A ver si tengo la suerte de encontrar en Vigo mejor fonda. Y el año que viene, si vuelvo á Galicia, traeré á mi cocinero francés.

—¡Ahl! ¿Tiene V. cocinero francés?—dice uno de los huéspedes.

—Sí, señor; monsieur...

—Monsieur... Bonifacia—replica el esposo, sin darse cuenta de la gravedad de su declaración.

Como este matrimonio habrá unos cinco ó seis mil, que andan desparramados por las provincias, so color del veraneio, y sirven para regocijo de huéspedes, provecho de fondistas y asunto de artículos como el presente.

LUIS TABOADA.

Pontevedra, 12 Agosto.

LOS MISTERIOS DEL CONDE

¿Qué le ocurre al buen Conde del Anafre, que ni come, ni bebe, ni descansa y está de mal color y tiene ojeras y no sale un momento de su casa?

No es ningún descalabro en su fortuna, pues bien el Conde sus caudales guarda, y le importa un pepino que la Bolsa se ponga por las nubes ó esté en baja.

Sospechas á su esposa relativas tampoco pueden infundirle alarma, porque sabe que es fiel y es virtuosa en toda la extensión de la palabra.

Sus criados le quieren y respetan, sus amigos jamás le piden nada, sus caprichos se encuentran satisfechos, la Condesa le mima y le idolatra.

No tiene prole que le dé cuidados, ni tiene suegra que le dé matraca, ni es posible que exista Conde alguno más fornido y robusto en toda España.

¿Qué le ocurre al buen Conde del Anafre, que aunque disfruta de ventura tanta desde ayer se le ve descolorido mustio, sin apetito y preso en casa?

¿Qué gran misterio desde ayer el Conde lleva oculto en el fondo de su alma?

Sólo se observa que de vez en cuando suspiros de dolor su pecho lanza y con un pliego que en la mano lleva veloz cruza pasillos y antesalas.

¡Nadie pretenda detener al Conde! ¡nadie se atreva á interrumpir su marcha! porque, fijo en su idea, al que le estorbe la broma puede resultarle cara.

Pero, ¡ín, usando de secreta llave, se encierra el Conde en misteriosa estancia sin que llegue á escaparse de sus labios una sola expresión, ni una amenaza, ni un vocablo que pueda dar á nadie la explicación de su conducta extraña.

¿Qué motivos tendrá para estar triste? ¿Si algún lance de honor será la causa de que esté el pobre Conde taciturno sin apetito y con tan mala cara?

Nadie lo sabe, pues cuando atraviesa los vetustos recintos de la casa con semblante sombrío y voz temblona, sólo va murmurando estas palabras:

—¡Caro pago el capricho que ayer tuve, y á nadie culpo de lo que hoy me pasa! ¡Dios eterno! ¡Por qué habré yo comido tanto tomate crudo en la ensalada!...

JUAN PÉREZ ZÚNIGA.

RESPUESTA SIN CARTA

Recibí, niña, tu pliego, y conste que así lo llamo por no ser carta á mi juicio un papel que viene en blanco. Confieso que al ver sus páginas blancas como el alabastro, con las de tu vida íntima tuve intención de mancharlo. Tal pensé hacer; pero pronto varié de idea pensando que el papel tan limpio entonces iba después á dar asco. Queden, pues, tu vida incógnita y el blanco papel intacto, y oye, á lo que tú *no dices*, lo que digo contestando. Claro, muy claro es tu estilo, cosa, á la verdad, que extraño, pues no son las que tú haces para ser puestas en claro. Séanlo ó no, pues ahora de claridades estamos, á tu claridad que es mucha voy á contestar con cuatro. Que en blanco vas á dejarme me dice tu pliego blanco, y es verdad, que blanco queda quien se libra de pecados. Libre me dejas y lógica tu conducta en esto hallo, porque mujer que es tan libre no puede tener esclavos.

Los lazos que nos unían rompés de golpe y porrazo, que á ti, no siendo de seda, no te acomodan los lazos. Haces bien y bien me haces, mas conste que nos dejamos: yo á ti de todos querida, tú á mí de todos odiado. Libre eres y libre quedo; en libertad, pues, entramos, tú puedes ya darle al mundo, yo dejo de darme al diablo. En baños y de mí lejos vas á pasar el verano; yo estoy bien y tú estás fresca. ¡Benditos sean los baños! ¡Benditos sean repitol porque los dos nos bañamos; yo sin ti en agua de rosas; tú sin mí en el mar Cantábrico. Adiós, pues, y mucha suerte, que auuque me dejas en blanco, no te quiero mal por ello, pues sé que al perderlo gano. Cada día más perdida te veré sin lamentarlo, pues por tu gusto me dejas para lanzarte al Océano. Lánzate, pues, y no pienses en quien sabe, de ti harto, que si logró ser querido, nunca llegó á ser amado.

MARIANO VALLEJO.

LAS VIRGENES LOCAS (1)

CAPÍTULO IX

Extraña relación del hombre de las gafas verdes, seguida de otros varios y no esperados sucesos

—Cuando yo conocí á ese D. Salustio—dijo el hombre de las gafas, comenzando su historia,—ni se llamaba así, ni era editor, ni tenía hijas; era simplemente un cómico, un gracioso, y se llamaba Quintana.

—¡Quintana, el gracioso Quintana!—interrumpió Ortega visiblemente alarmado.

—¿Qué le pasa á V., señor mío? ¿Por qué ese nombre produce en V. tal impresión?

—Porque un actor del mismo nombre, gracioso también, fué mi protector, mi segundo padre.

—Tal vez sea el mismo.

—¡Imposible! Aquel murió.

—¿Dónde?

—En Tifis.

—Pues es el mismo.

—¿Es posible?

—Vamos á cuentas. El gracioso Quintana contrató en Madrid una compañía de baile nacional, y fué con él á Circasia, sin conocer al país, creyendo que la novedad del espectáculo había de producirle pingües rendimientos.

—Exacto.

—Como era de esperar, el negocio fué desastroso, y viéndose sin recursos para pagar á su compañía, huyó á la Georgia, é hizo correr la falsa noticia de su muerte.

—¡Ahl!—dijo Octavio, cayendo en una meditación profunda,—por eso me dijo: «Yo le conozco á V. hace muchos años; le he visto á V. en brazos de su pobre madre; después al lado del bueno de Quintana, á quien yo me parezco un poco en la cara...» Y es verdad; sus facciones son las mismas. No le he reconocido porque en otro tiempo no usaba barba ni bigote como ahora, y su pelo era negro y rizado.

Viendo el de las gafas la emoción de que era presa el novelista, le dijo con tono cariñoso y como arrepentido de lo que hasta entonces había hablado:

—Puesto que D. Salustio ó Quintana ha sido protector de usted, su segundo padre, como acaba de decirnos, renuncio á continuar su historia.

—Agradezco á V. mucho su delicadeza; pero comenzado el relato, es preciso que yo lo sepa hasta el fin. Lo que pueda usted decirme de él, no será peor que lo que yo pueda imaginar

(1) Véase el número anterior.

EN EL MAN



—Tienes orgullo, linda Enriqueta,
pero estoy cierto de que lo pierdes
cuando me veas con camiseta
de rayas verdes.



—Lea V. en voz muy alta eso de las inun-
daciones á ver si se excita el amor propio del
Manzanarés y se crece un poco.



—Cuand
.mar
ya no me c
de l

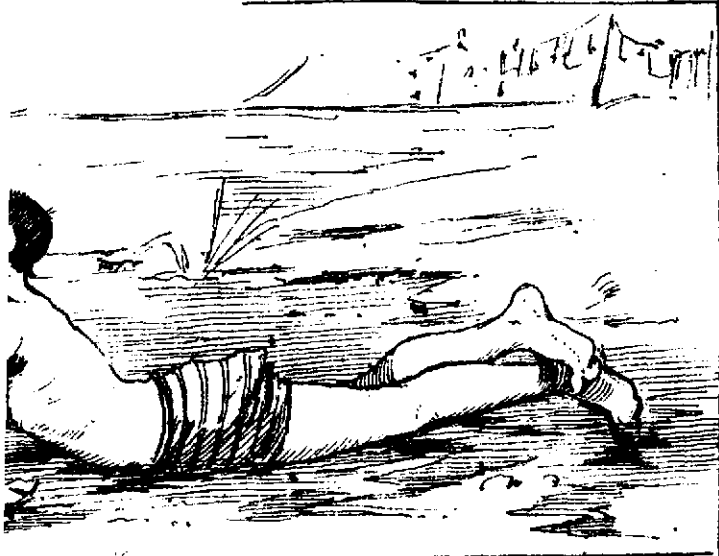


—En lugar de bañarme
por las mañanas,
traigo este botijito
para las ranas



—Aquí no ze púe un
—Pero yo creí que V
en estos sitios...
—Y la limpieza, ni
— hombre, teniendo

IZANARES



Operación preliminar en el salón del baño, para que los que van buscando agua no se llenen de polvo.



entres en el baño, e no quieras, apego esterar.



—Desengañate, Ruperto, eso de meterse en agua dulce es impropio de personas formales. Nosotros no podemos bañarnos más que en aguarrás.



añá. no necesitaba bañarse

tún en casa...

puesto ya sobre aviso; de modo que el silencio de V. antes le perjudica que le favorece.

—Tiene V. mil razones. V. es un hombre de corazón, y se le debe toda la verdad. Continúo:

«Apenas llegó a Tiflis, Quintana hizo relaciones con un pobre señor que había heredado de sus padres una fortuna no despreciable, y además una locura que desde tiempo inmemorial parecía vinculada en su familia. Llamábase D. Salustio Durante, era español, y hacía poco había quedado viudo. Murió su mujer al dar a luz dos niñas. Poco tiempo después le dió a don Salustio la manía de viajar, y sin más compañía que sus dos hijas, que tendrían entonces cuatro años, iba recorriendo toda Europa, y llegó a la Rusia Oriental con objeto de pasar al Asia. En Tiflis hizo íntimas relaciones con Quintana, único español que encontró en aquel remoto país, y en sus ratos de lucidez, como en los de locura, le puso al corriente de todos sus asuntos, y le inició en todos sus secretos.»

En este momento entró en la habitación un criado, y entregó a Peláez una tarjeta. Leyóla el abogado, y levantándose precipitadamente de su asiento y exclamando con muestras de gran alegría «¡es ella!» salió de la habitación.

Quedaron solos el hombre de las gafas y Octavio, que, muerto de curiosidad y de interés, rogó a su compañero que continuara el relato.

—No hay inconveniente en ello, puesto que el amigo Peláez es mi abogado y lo sabe todo; él es el que ha de poner en claro este asunto.

«El loco, en un acceso de furor, se tiró por un torrente desde gran altura, y el gracioso se apoderó, no sólo de los papeles y de las hijas del muerto, sino hasta de su personalidad civil, y volvió a España convertido en el rico propietario y editor don Salustio Durante.»

—¡Extraña historia!—dijo Ortega lleno de ansiedad.

—Pero no acaba aquí—continuó el anciano:—falta la de las fechorías del ex-cómico desde su regreso a Madrid hasta la hora presente, y de la extraña locura de las que pasan por sus hijas.

Cuando Octavio, interesadísimo en los raros sucesos que acababa de escuchar, se disponía a oír la conclusión de ellos, vió que el anciano de las gafas verdes se levantó de su asiento, dió un paseo por la habitación, y vino luego a quedar de pie parado ante el novelista, fijando en él una inmóvil y pertinaz mirada. Permaneció así largo tiempo, y luego cruzó las manos dejándolas en hueco, en el que ocultó los pulgares, y soplando en ellos produjo un silbido semejante al de una locomotora. Hecho esto, asió a Ortega fuertemente por un brazo, y le dijo de una manera imperiosa:

—Vámonos.

—¿Adónde?—preguntó el novelista alarmadísimo.

—El tren espera.

—¡Caballero!...

—¿No ha oído V.?

—¿Qué?

—Esa voz.

—No oigo nada.

—Es imposible. Oiga V., ahora repite: «Varsovia, quince minutos»—y con el énfasis con que representa un mal cómico, añadió:

«Mark me... My hour is almost come,
Wen I to sulphurous and tormenting flames
Must render up myself.»

El asombro de Ortega se convirtió en terror. No comprendía por qué el hombre de las gafas repetía aquellas extrañas palabras de la sombra del rey Hamlet, ni a qué sulfúreas y atormentadoras llamas pensaba volver. (Octavio sabía inglés.)

El incomprendible personaje soltó a Octavio empujándole tan violentamente, que el pobre novelista hubiera caído al suelo a no haber hallado cerca un sillón en el que se hundió quedando por un momento sus pies más altos que el resto del cuerpo.

Entonces el viejo, con una tranquilidad espantosa, y entonando una dulce balada escocesa, abrió el balcón y se arrojó por él a la calle.

—¡Socorro! ¡Peláez!—gritó Ortega corriendo hacia la puerta por donde había desaparecido el abogado.—Peláez, Peláez, pronto, ven.

Abrió la puerta y entró.

Una nueva sorpresa le esperaba.

Peléez, que en un sofá hablaba tranquilamente con una mujer sentada junto a él, al ver entrar a Octavio, se levantó y se puso ante su compañera como para impedir que el escritor pudiera verla.

—Sal de aquí—le dijo con gran energía.

—Es que...—balbuceó Ortega.

—Sal inmediatamente; estoy en mi casa: mando en ella.

—Si es que el anciano con quien me dejaste en tu despacho...

—¿Qué le ha sucedido? Habla.

—Se ha arrojado por el balcón a la calle.

Un grito de angustia y de terror heló la sangre de los dos jóvenes, y el cuerpo de la mujer cayó desplomado desde el sofá al suelo.

—¡Desgraciado! ¿Qué has hecho?—dijo Peláez en tono de enérgico reproche.

—¿Qué?—preguntó Octavio, abriendo unos ojos más grandes que la boca.

—La has matado.

—¡Yo! ¿Por qué?

—Ese infeliz es su padre.

—¡Su padre!

—Sí, su padre... un pobre loco... debí advertírtelo. Cuida de ella mientras corro a ver qué ha ocurrido.

Peléez salió de la habitación y Octavio quedó solo con aquella mujer que estaba inmóvil, tendida de bruces sobre una piel de tigre.

—Señora, señora—dijo arrodillándose junto a ella y tocándola suavemente en el hombro.

La mujer nada contestó.

Él se levantó y buscó por toda la habitación un vaso de agua.

El abogado, entretanto, llegó a su despacho, y asomándose al balcón, que por fortuna era muy bajo, vió en la calle al pobre anciano en pie rodeado de un grupo de gente y perorando como si fuera un saca-muelas.

Bajó a la calle y llegó al grupo al mismo tiempo que una pareja de Orden público preguntaba qué había sucedido.

Peléez dijo:

—Señores, dejadle; es un pobre loco que estaba en mi casa y en un momento de furor, sin dar tiempo para impedirlo, se ha tirado por ese balcón.

Con esto se deshizo el grupo, y el abogado volvió a su casa, llevándose al loco, que le seguía de muy buena gana.

No encontrando Octavio por ninguna parte agua que dar a la mujer que yacía en el suelo, decidió colocarla en el sofá hasta que alguien viniera a prestarle auxilio. Cogióla por el talle y la alzó a la altura del asiento; echóla en él, y al tomar entre sus manos la cabeza de la enferma para colocarla blandamente en el almohadillado brazo del mueble, dió un grito de sorpresa.

Había reconocido en aquella mujer a su amada Elena, la Venus Urania.

Poco después entró Peláez y dijo a la desmayada:

—Señora, su padre de V. está ileso.

—Pero ¿quién es ese hombre? ¿Qué hace aquí esta mujer?—preguntó Octavio.

—El verdadero D. Salustio Durante, el padre de tu amada.

—¡Si es un loco! Todo lo que me ha contado serán extravíos de su imaginación.

—Todo es cierto; estaba en un momento de lucidez.

—Según él, el verdadero D. Salustio se arrojó por un torrente y murió.

—Así lo cree ó trata de hacerlo creer el antiguo gracioso. El loco es el verdadero padre de Elena, y yo soy el encargado de esclarecer los hechos y devolverle sus hijas.

JOSÉ ESTREMERÁ.

(Se continuará.)

UN TIPO

Ya sabe todo el mundo
que es una maravilla,
Dolores la horchatera,
la nata de Sevilla.

Los brazos remangados,
los labios incitantes,
los ojos seductores,
rasgados, fulgurantes...

Y así lo dicen todos
los mil consumidores,
que beben en verano
la horchata de Dolores.

Distintos pajarracos,
de edades y fortunas,
que dicen a su oído
piropos y tontunas,

y agotan el ingenio,
buscando la manera
de que de amores caiga
rendida la horchatera.

Los viejos remolones,
pintados y teñidos,
que olvidan sus deberes
de padres y maridos;

los niños de la escuela,
sin pelos en la cara,
que siguen a una moza
por ver a dónde para,

y luego en los corrillos
las echan de Tenorios,
hablando de conquistas
y hablando de casorios;

los pillos de remate,
que husmean tras la caza,
y asaltan temerarios
los muros de la plaza;

imberbes colegiales,
terribles seductores...
tal es la peligrosa
parroquia de Dolores.

La hermosa sevillana,
aguanta firme el fuego,
y a todo el que se atreve
le trata con despego.

Ni dádivas, ni flores,
le dan a Lola un pito,
ni ablandan un instante
su pecho de granito.

Sonríe bondadosa,
bromea cuando quiere,
pero no puede nadie
saber á quién prefiere.

Y así, tan fresca y guapa,
viviendo va Dolores,
guardando las propinas
de sus admiradores.

Y así la falda luce,
planchada, limpia y hueca,
y al verla tan airosa
el más doctro peca.

¡Da gusto ver á Lola
vencer las asechanzas,
matando con desdenes
nacientes esperanzas!

Y al borde del peligro,
que ofrece siempre el oro,
se rie de los necios
salvando su decoro.

¿Qué fuerza poderosa
la anima y la sostiene?
¿Cuál es la idea fija
que en su defensa viene?

Por fuerza un amorío
el alma la enajena,
y sigue siempre firme,
y sigue siempre buena.

Si no, ¿cómo una chica
tan fresca, tan hermosa,
que debe á todo el mundo
mostrarse cariñosa,
resiste los halagos,
las dulces tentaciones,
de tantos como llevan
infames intenciones?

Sin duda, un bravo mozo,
que no será un cualquiera,
logró, con gran trabajo,
rendir á la horchatera.

Y es cosa de envidiarle
subiéndose á la parra,
pues debe ser dichoso
con hembra tan bizarra...

Ayer la ví en la calle,
¡lindísima, por ciertol
del brazo de un chulapo
jorobadillo y tuerto.

¿Será el afortunado
imán de sus amores?
Confíesme vencido.

No entiendo á la Dolores.

SINESIO DELGADO.

EN EL SENO DE LA CONFIANZA

—No se puede tolerar;
estoy ya desesperado.

—Pero, papá, ¿qué ha pasado?

—Hija, voy á renunciar
mi cargo de diputado.

—¿Por qué?

—A tanta impertinencia

ya no hay paciencia que baste;

Job mismo, ten la evidencia,

antes de un mes diera al traste

con su proverbial paciencia.

No hay elector, no señor,

que no me dé sinsabores,

ni pariente de elector

que no me pida un favor

ó tres ó cuatro favores,

Y si se halla en cualquier duda

que á suplicarme no acuda

que le saque del atranco,

y no hay huérfana ni viuda

que no me pida un estanco,

ni electores influyentes

que en cartas impertinentes

no exijan de cien mil modos

un destino para todos

sus amigos y parientes.

¡Ayl! ¿quién me mandaba, quién,
meterme en una elección?

Si aun ésta, saliendo bien,

he sacado en conclusión

de semejante belén,

viejas amistades rotas,

peloterías y albercos

por un centenar de idiotas,

que porque me dan sus votos

quieren ponerse las botas.

Ve, por ejemplo, hija mía,

esta carta que me envía

mi elector don Pedro Llodia,

redactada sin prosodia,

sintaxis, ni ortografía:

«Señor don Miguel del Río:

adjunto á mi hijo le envío.»

Pero, señor, yo pregunto,

¿cómo entenderá este tío

lo que significa adjunto?

¡Destino! no lo tendrá

¡vive Dios! de ningún modo,

que esto es un abuso ya.

¿No dices nada?

—Papá,

¡si usted se lo dice todo!

ALVARO GASTÓN.



En París se han declarado en huelga los mozos de café.
Lo que hace falta es que se declaren en huelga las achicorias.
¡A ver qué hortaliza nos dan entonces!

Creendo un poeta necio
alabar sus poesías,
entre otras majaderías
dijo así: «no tienen precio.»

Que fué profeta, comprende
aun el menos avisado;
porque las ha publicado
y á ningún precio las vende.

EMILIO MORA.

Dos jóvenes, un caballero y una doncella, que habían huido
en alas del amor, han sido detenidos en Valladolid.

Es mucha la tiranía de la ley.
¡Ni amar á gusto le dejan á unol

—¿Usted no toma baños de mar este año?
—Mañana salgo para Aranjuez con ese objeto.
—¿Baños de mar en Aranjuez?
—Sí señor, de mar... de Ontígola.

En Barcelona, me dicen
que han silbado á la *Fragosa*.
¡Está vistol ¡Ya no somos
galantes con las señoras!

Libros:

El distinguido escritor Sr. D. Cayetano de Alvear ha reunido en un tomo elegante una preciosa colección de cantares, de los cuales ha tratado con elogio toda la prensa. Unimos, pues, nuestro sincero aplauso á los de nuestros compañeros.

El tomo XXIX de la *Biblioteca Demi-monde*, que acaba de publicarse, se titula *Dos enteros y un quebrado*. Es una historieta alegre y picante, que no recomiendo porque el género lleva consigo la recomendación. ¡El público es tan picarón!

El Sr. Degetau y González ha dado á la estampa un folleto titulado *El sistema Fræbel*, en que, en un estilo sencillo y ameno, se explican los primeros rudimentos de este sistema de enseñanza. Con esto queda reconocida la importancia del libro.

¡Madrid!!... Es un hermoso poema que nuestro amigo el señor Jiménez Delgado dedica al Sr. Abascal, encareciendo en sonoros versos la necesidad de emprender reformas que coloquen á la capital de España á la altura que merece. ¡Lástima que sus compañeros los concejales no hagan en prosa lo que el autor demanda poéticamente!

CORRESPONDENCIA PARTICULAR

Sr. D. S. V.—Cádiz.—Bien versificada, salvo algún consonante que no lo parece, defecto que depende de escribir en Andalucía. El asunto me gusta poco.

Sr. D. S. R.—Madrid.—Muchísimas gracias.

La muerte.—Es mediana. Lo que observo es que anda mal de ortografía la parca fiera.

Sr. D. J. B.—Madrid.—Como V. comprenderá, esa composición no es de la índole del periódico.

Un petit méchant.—La intención es *grand méchant*.

Sra. D.^a R. G.—Madrid.—Eso es demasiado realismo. ¡Por Dios! Diga usted á la señá Blasa que no compre eso.

Campanone.—Para hacer versos, es condición indispensable tener buen oído ó contar las sílabas.

Sr. D. J. G.—Constantina.—Vence fin Setiembre 87.

Sr. D. J. M. de L.—Morón.—Recebi romance.

Non está mal fecho.

Yo vos lo publico

y vos lo agradezco.

Enriqueta Federico.—La exposición resulta oscura y de poco saliente. Versifica V. muy bien.

Sr. D. J. G.—Valladolid.—Malita, ó hablando en fino, enfermita.

Bonamí.—Está bien hecho, pero según las condiciones expuestas en el prólogo, no podemos publicarlo.

Pedro Graznido del Pato.—Si, señor, puede V. acabar la oda y echársela luego á los otros ánades, ¡No está V. mal guason!

Sr. D. I. G.—Cádiz.—El asunto, con detalles y todo, excesivamente gastados. Los versos están bien hechos.

Sinsorgo.—Bilbao.—No he visto nada peor,
no lo he visto, no señor.

Magistralmente.—Está magistralmente... copiado de alguna parte. ¿Es así el drama?

Sr. D. A. A.—Madrid.—Irá en los *chismes*.

Ole.—Leganés.—¿Yo qué me he de abroncar, hombre? ¡Pues no me gustan á mí poco las personas de buen humor!

Sensible.—¡Por Dios! Fijese V. un poco y escriba despacio.

X. Z.—Zaragoza.—Se publicará.

El Gordo.—Bueno, pues... enterado, señor maestro Ciruela.

Sr. D. R. R.—San Sebastián.—Se publicarán dos.

Pepito.—El asunto no vale la pena; los versos son deshilvanados, y *maná y verdad*... ¡quisieran ser consonantes!

Este.—Es muy floja.

Un músico de Zaragoza.—Agradecemos infinito su recuerdo, sintiendo que el periódico no se preste á la publicación de música. ¡Choque V.!

Sr. D. A. de O.—Madrid.—¡Caracoles con el finalito!

Tadea.—No tienen el carácter popular que se necesita.

Sr. D. A. T.—Murcia.—Es muy incorrecta, ¡mucho!

Sr. D. R. A.—Sevilla.—La verdad es que hacer algo bueno para un abanico es más difícil de lo que parece. De modo que no le echo á V. la culpa.

Unusquisque.—No encuentro en turno ninguna de las dos.

DOS PERSONAJES



Ella ha sido mondonguera y ha nacido en Almorchón. Él procede del Peñón, del Peñón de la Gomera.

ANUNCIOS

MADRID COMICO

PERIÓDICO SEMANAL, LITERARIO, FESTIVO, ILUSTRADO

Se publica los domingos y contiene

ARTÍCULOS Y POESÍAS DE NUESTROS PRINCIPALES LITERATOS
Y VINITAS Y CARICATURAS DE LOS MEJORES DIBUJANTES

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2'50 pesetas; semestre, 4'50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4'50 pesetas; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15 pesetas.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 50.

A corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan el 1.º de cada mes, y no se sirven si al pedido no se acompaña su importe.

En provincias no se admiten por menos de seis meses.

Los señores suscritores de fuera de Madrid pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, con exclusión de los timbres móviles.

A los señores corresponsales se les envían las liquidaciones á fin de mes, y se suspende el paquete á los que no hayan satisfecho el importe de su cuenta el día 8 del mes siguiente.

Toda la correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Cervantes, 2. segundo

DESDE LAS 10 TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO

Teléfono núm. 620

COMPañÍA COLONIAL
PROVEEDORA EFECTIVA DE LA REAL CASA
CHOCOLATES
ACREDITADOS CAFÉS
26 RECOMPENSAS INDUSTRIALES
Y PARA SU DIRECTOR
LA CRUZ DE LA LEGIÓN DE HONOR
EN LA EXPOSICIÓN UNIVERSAL DE PARIS DE 1878
TES.—TAPIOCA.—SAGU
BOMBONES FINOS DE PARIS
Depósito general..... Calle Mayor, 18 y 20
Sucursal..... Montera, 8
Y EN TODAS LAS TIENDAS DE COMESTIBLES DE ESPAÑA

MADRID POLITICO

PERIÓDICO SEMANAL, POLITICO, SATÍRICO, ILUSTRADO

Se publica los miércoles

PRECIOS DE SUSCRICION

Madrid.—Trimestre, 2,50 pesetas; semestre, 4,50; año, 8.

Provincias.—Semestre, 4,50; año, 8.

Extranjero y Ultramar.—Año, 15.

PRECIOS DE VENTA

Un número, 15 céntimos.—Idem atrasado, 25.

A los corresponsales y vendedores, 10 céntimos número.

Las suscripciones empiezan en 1.º de cada mes.

Los suscritores de provincias pueden hacer sus pagos en libranzas del Giro Mutuo, letras de fácil cobro ó sellos de franqueo, certificando la carta en este último caso.

A los corresponsales se les remitirán sus cuentas á fin de mes, y se retirará el paquete á los que no hayan satisfecho su importe antes del 8 del mes siguiente.

Hay colecciones completas y se servirán á todos los que deseen suscribirse desde la fecha de su fundación por los precios marcados.

La correspondencia al Administrador.

REDACCIÓN Y ADMINISTRACIÓN: Fortez, 40., primera izquierda

DESDE LAS 10

TODOS LOS DÍAS DE DIEZ Á CUATRO